

La Casa Pintueles



Durante la segunda mitad del siglo XIX gran parte de la actividad comercial y económica de Puerto Rico estaba regida por poderosas casas comerciales. Estas funcionaban en la mayoría de los pueblos del interior del país donde la agricultura iniciaba en aquel tiempo su gran desarrollo.

Gran parte de la producción de bienes agrícolas se desarrollaba en las haciendas. Las más pequeñas de estas instalaciones solían estar en manos de gente del país, mientras que las fincas más grandes, de entre 196 a 395 hectáreas pertenecían a mallorquines y canarios. Estos se dedicaban principalmente al café, un producto introducido en la isla en 1736 y que a partir de finales de 1840 inició una gran expansión gradual, tanto en extensión de cultivo como en comercialización.

Aprovechando este florecimiento del nuevo negocio del café, en el año 1850 un asturiano de nombre Manuel Fernández Alonso se estableció en Ciales, un municipio de la región central montañosa de la isla, fundado tan solo 30 años antes por el también español el general Luís de Lacy. Allí, Fernández Alonso estableció la primera casa comercial dedicada a la exportación de café en Puerto Rico.

El establecimiento de esta casa dio paso a la fundación de Fernández & cía, que con el tiempo pasaría a conocerse como Casa Pintueles, un imperio comercial del país, que trajo consigo la llegada a Ciales de varios asturianos para trabajar en las tareas propias de la comercializadora. Mediante un sistema comúnmente establecido, los emigrantes asturianos llegaban jóvenes,





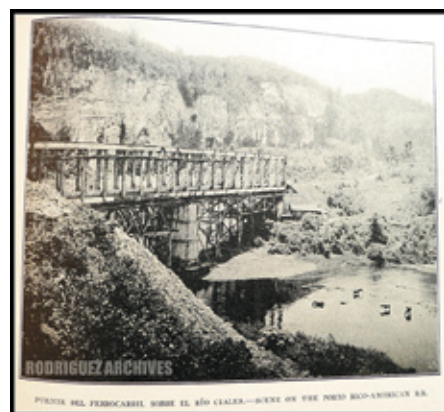
entre los 13 a 18 años, y venían consignados a la casa comercial, donde quedaban subordinados y sujetos a los mandatos del dueño.

De Fernández & Cía a Casa Pintueles

Asentado ya en Ciales y propietario del floreciente negocio de comercialización de café, Manuel Fernández Alonso contrajo matrimonio con una portorriqueña de nombre Guadalupe Vega Martínez, con la que

tuvo seis hijos, Manuel, Ricarda, Antonio, Eduardo, Fernando y Carmen.

La mayor de las chicas, Ricarda, se casó con Fernando Pintueles, un asturiano emigrado a Puerto Rico, que por su disposición y carácter se había convertido en el primer dependiente y hombre de confianza de Fernández Alonso. Cuando se celebró el matrimonio, Pintueles entró a formar parte como socio de la empresa de su suegro. Años más tarde, al retiro del fundador, pasaría a llevar las riendas de la casa, cambiando el nombre de la misma,



Historias cafeteras



Fernández & Cia., por F. Pintueles & Cia. y después, finalmente, a Sucesores de F. Pintueles & Compañía.

En aquel tiempo, Ciales era ya un pueblo pequeño pero estructurado. El municipio se conformaba de dos calles paralelas y otras tantas transversales. Sus barrios principales: Jaguas, Frontón, Cialitos, Hato Viejo, Cordillera, Pozas, y Pesas eran ricos en la producción de café.

Las dependencias de la Casa Pintueles ocupaban casi todo el centro del pueblo. Allí se ubicaban las oficinas, la tahona, con sus grandes bombos y maquinaria movida a vapor, los almacenes, las cuadras y talleres, la residencia principal del dueño y los albergues para empleados.

El envío de café

A principios de siglo la producción de café había tomado auge. La Casa Pintueles tenía en aquel tiempo agencias comer-

ciales en la Habana, Valencia, Barcelona y otras ciudades en Europa. Cuando uno de estos agentes hacía un pedido (200 sacos de café de 100 kilos), y este se confirmaba por cable, se movilizaba toda la organización de la Casa para cumplir con el embarque.

Se enviaban compradores a los distintos barrios, se le echaba más leña a la caldera para mover los bombos, se reclutaba más personal (50 a 100 mujeres) para el escogido, pulido y envase del café hasta que finalmente estaba listo para salir en los grandes carretones tirados por mulas para transportarlo hasta el tren en Manatí, con destino a los muelles de San Juan y de allí a Europa. Eran los tiempos en que el café de Puerto Rico se cotizaba como el mejor café, cuando la cocina del Vaticano se llenaba con café selecto de Puerto Rico y en Barcelona y en Madrid se pregonaba con orgullo que se vendía café de Puerto Rico.

Más que café

Al retiro del fundador, Fernando Pintueles amplió y diversificó las actividades de la Casa. Estableció un almacén, tienda de comestibles y mercancías. En ella se podían encontrar diversos productos y artículos de consumo para las Haciendas, como quinqués, azadas, machetes, picos y sogas. Todo tenía un sitio en la tienda; los barriles de bacalao y tocino, las ristras de ajo, las estibas de arroz y los fardos de carne curada. Del almacén se surtían a su vez las tiendas de las Haciendas y era frecuente ver en la calle frente a su puerta, los trenes de 10 a 15 mulas descargando café y otros productos para regresar cargados de arroz, bacalao, tocino y otros comestibles.

Al transcurrir de los años, los negocios de la Casa llegaron a incluir además del café, la crianza y venta de ganado, compra y venta de productos del país y otras mercancías, escogido y venta de tabaco a los Estados Unidos.





Elías Torre

A principios de siglo se encontraba entre los empleados y dependientes de la Casa otro asturiano de nombre Elías Torre, hombre caballeroso y justo, quién tuvo la suerte de obtener un premio en la lotería de Santo Domingo. El dinero que ganó lo invirtió en la Casa Pintueles, convirtiéndose a partir de ese momento en socio de la misma. Fernando Pintueles, hombre listo y de carácter, supo apreciar las dotes de trabajo de Elías y allá por el 1910 se concertó la boda de Elías y Ramonita, hija mayor de Pintueles. De esta manera se aseguraba la continuidad y seguridad de la Casa, ya que los hijos varones habidos en la familia del fundador y en la de su yerno preferían disfrutar de la fortuna de sus padres y dedicarse a otras actividades y menesteres en Madrid.

Al paso de los años, Fernando Pintueles fue reduciendo sus actividades en la Casa y hacia 1912 había delegado ya gran parte de sus

funciones en su yerno Elías. Sus estancias en España se fueron haciendo mas largas. Allí, construyó una gran casa en Miyares, su aldea natal y solo regresaba a Puerto Rico cada uno o cada dos años, para ver como marchaban las cosas y traer de regreso parte de sus ganancias, después de llevarse a efecto los balances anuales poco antes de Navidad.

La Primera Guerra Mundial y la depresión de 1918

Elías Torre conocía de los sacrificios y vicisitudes por los que pasaban el grupo de jóvenes emigrantes que trabajaban y vivían en la Casa como dependientes y empleados. Algunos con suerte, debido a su parentesco con los jefes, lograron que se les mandara a los Estados Unidos para seguir la carrera de perito mercantil y otros pudieron adquirir algunos conocimientos, a través de estudios nocturnos que ofrecían profesores de la localidad.

Al producirse la primera guerra mundial los negocios de la Casa florecieron lográndose grandes ganancias. Elías creyó conveniente interesar a varios de sus dependientes y empleados ofreciéndoles un 5% sobre los beneficios de la Casa, más su sueldo. Pero esta bonanza no duró mucho y llegó el año 1918 con su gran depresión, los mercados mundiales se cayeron y se suspendieron las órdenes y embarques. Varios lotes de tabaco que se encontraban en los muelles de Nueva York no fueron recogidos por sus comparadores. La Casa perdió grandes cantidades de dinero al tener que subastarlo por mucho menos de su valor.

Ante esta crisis, y la marcha de muchos caficultores hacia las ciudades, Fernando Pintueles, sintiendo ya el peso de los años, decidió hacer su último viaje a Puerto Rico para salvar todo lo que fuera posible de la empresa. Haciendo muestra del vigor y la determinación de sus mejores años, reunió a los empleados de la Casa y después de analizar la situación



Historias cafeteras



les dio instrucciones de que prepararan sus monturas y partieran a los distintos barrios para visitar las haciendas y gestionar el cobro de las cantidades adeudadas. Por espacio de meses los cobradores de la Casa visitaron a los distintos hacendados, viendo cuanto café o ganado había disponibles. Los trenes de mulas bajaban de los campos cargados de café, así como de peones trayendo ganado para el abono de las cuentas. Se superó la crisis; pero la casa no recobró el auge de los mejores tiempos.

Fernando Pintueles volvió a España para no regresar. Elías Torre y su familia habían marchado antes, también a Asturias, tratando de mejorar su delicado estado de salud del cual no recuperó. En Miyares siguen en pie las casas levantadas por Pintueles, "La Venta" y la que también construyó allí Elías Torre.

En Puerto Rico, la Casa Pintueles quedó en manos de algunos administradores quienes,

al ver perdidas sus ganancias, se dedicaron a otras empresas. Uno de ellos permaneció actuando casi como un síndico liquidador, hasta que finalmente, habiéndose desprendido de las propiedades que quedaban, la Casa desapareció. Aún permanece en Ciales la Casa solariega y vestigios de aquella grande empresa como mudos testigos de una época próspera y feliz. Los restos del almacén, sin embargo, fueron derrumbados hace escasos dos años.

Con motivo de esta demolición, el periódico puertorriqueño "El Nuevo Día", publicó un reportaje sobre esta Casa en el que queda patente la importancia que esta comercializadora tuvo para el desarrollo de la actividad cafetalera de esta zona de la isla.

"En pleno siglo XIX, desde Ciales, el abuelo de Antonio "Tato" Rodríguez era uno de los agricultores cuyo café se exportaba a lugares tan remotos como Roma y Praga.

No lo hacía solo. Lo lograba a través de la exportadora de café Casa Pintueles, una de las principales en la industria de aquella época en Ciales y que tenía agencias comerciales en La Habana, Valencia y Barcelona, entre otros lugares. Fue fundada en 1850 por el asturiano Manuel Fernández Alonso y cuando Fernando Pintueles se casó con su hija mayor el nombre de la empresa cambió a F. Pintueles y Compañía.

Las deterioradas ruinas de la tahona o almacén -derrumbadas recientemente- recordaban la que fue una época de gloria para los caficultores, para quienes la exportadora también se convirtió en una institución financiera porque les prestaba dinero para que pudieran llevar a cabo las operaciones de sus fincas.

Ellos operaban como banco porque refaccionaban, les prestaban dinero a los agricultores. Los agricultores eran escogidos, y





uno de ellos era mi abuelo”, explica Rodríguez, quien ahora trabaja con la Cooperativa Agrocomercial de Puerto Rico, que compra y procesa café.

Los préstamos, incluso hipotecarios, las refacciones, los pagos de jornales, las miles de libras de café vendidas, así como los países a los que se exportaban están evidenciados en documentos recuperados por Pedro “Pello” Maldonado.

Entre los miles de documentos hay facturas de 1932 y 1936. Una de ellas, por ejemplo, da cuenta del envío de una orden a Nueva York en el vapor Coamo, con mercancía por valor de \$1.550. Otro cierra el trato entre Doña Estebanía Colón y Gralán, quien le entregó copia de una escritura a cambio de un préstamo hipotecario otorgado por la Sociedad Pintueles. También hay un documento que evidencia una venta de café destinado al dictador español Francisco Franco y, de 1937, la solicitud de un préstamo por \$4.000 a The Chase National Bank.

Con los años, muchos residentes de los barrios más productivos, como Cialitos y Frontón, emigran y Pintueles va decayendo. Existen cartas de 1940 en las que los administradores de Pintueles afirman que no tienen mucho café para exportar por falta de manos para recoger, explica Pedro “Pichi” Maldonado, quien cuida del legado histórico que fue adquirido por su padre.

“Pintueles va viniendo a menos y, al final, solo se daba un servicio de secado y pila’o (remover la cascarilla del grano). Yo llegué a llevar café para pilar. Tenían una máquina que hacía 14 clasificaciones del café por tamaño y de los últimos que la utilizamos fuimos mi suegro y yo”, recuerda Rodríguez.

Pintueles cerró en la década del 70.

Fuentes: “La casa Pintueles” del Lcdo. **Manuel Martín Maldonado**; casasdeindianos.blogspot.com y El Nuevo Día. Fotografías de Elías Torre y La Venta por cortesía de **Roberto Urruticoechea**